

«Solo publican memorias las personas que ya han perdido totalmente la memoria».
OSCAR WILDE, dramaturgo y novelista

Día 1

Y entonces, cuando me abraza tan fuerte que casi no me deja respirar, me despierto.

Tardo unos segundos en situarme. Quién soy. Dónde estoy. Qué vínculo afectivo me une a la mujer que duerme a mi lado. Después recuerdo que tenemos problemas de convivencia desde hace tiempo, aunque ayer por la tarde encontramos una extraña manera de solucionarlo. Hace mucho calor y parece que se haya hecho el vacío en la habitación porque casi no hay aire para respirar. Me froto los ojos con las manos esperando a que se acostumbren a la luz que se cuela por las rendijas de la persiana. Un potente rayo de sol ilumina el polvo que flota en el aire, bailando en silencio un misterioso baile, y nos delata cruelmente; la limpieza que sugiere el blanco inmaculado de las paredes, de los muebles, de las cortinas, de las sábanas, de nuestra ropa interior y de nuestras pieles, sobre todo la suya, es una farsa, un engaño, una estrategia para ocultar la suciedad que llevamos dentro. Como si fuese la primera vez que lo veo, observo con atención el cuerpo que descansa de espaldas a mí. Sus cabellos, tan rubios que en ocasiones parecen blancos, se reparten sobre su almohada como un gran abanico que amenaza con invadir la mía. La piel de su cuello es casi transparente y deja

entrever las venas azul cielo que, al contrario de lo que se podría creer, transportan ríos de sangre muy roja. A veces pienso que, si le arrancase la piel a tiras, podría venderla como seda en tiendas de lujo. Repaso su brazo con la mirada, deteniéndome en cada imperfección: una peca, una cicatriz o la moradura causada por algún golpe que pronto desaparecerá. Al retirar las sábanas para seguir observándola, me llega el olor de nuestros cuerpos sudados. Me quedo un rato embobado en sus caderas, medio escondidas por unas braguitas blancas de algodón que, de lejos, pueden confundirse con su piel y las sábanas. Me entristece que ya no duerma completamente desnuda, a pesar del calor que hace. Camino con la mirada por encima de sus piernas, y me sorprende que, aunque nunca se depila, solo puedo ver, a contraluz, una fina línea de vello rubio y muy delgado. Me detengo en sus pies menudos, con las uñas arregladas pero sin pintar, que nunca encajan en los zapatos de princesa que quiere comprarse. Levanto un poco la cabeza, lo justo para ver por encima del hombro el perfil de un pecho blanco con el pezón rosa oscuro. Es tan pequeño que, por mucho que pase el tiempo, nunca parecerá flácido. Dejo caer la sábana y me vuelve a llegar nuestro olor, que me gusta, aunque sea amargo, porque me recuerda al sabor de su sexo que me tiene fascinado. Su espalda se mueve sutilmente por la respiración. Acercó una mano y con un dedo recorro, una a una, las vértebras que marcan el camino de la nuca a las caderas huesudas. Es tan delgada que no puedo evitar pensar que si la toco se romperá. No se mueve. No me muevo. No nos movemos en absoluto, como si temiésemos que la cama pudiera desmontarse. Antes, cuando me despertaba, solía tener una erección que tardaba en bajar. Desde hace un tiempo me despierto en paz. Me parece que se debe a los sueños. Últimamente sueño mucho y eso me

impide descansar por la noche. Son historias complejas, normalmente muy reales y turbadoras; sin embargo, cuando me despierto, lo he olvidado todo y solo me queda una sensación de angustia que me acompaña todo el día. Miro la luz azul del despertador digital. Añoro el tictac de los relojes de antes, pero a uno de los dos, no recuerdo a quién, le molestaba para dormir. Dentro de diez minutos sonará la alarma y nos despertaremos. Oficialmente sigo dormido y pienso que debería aprovechar estos diez minutos que he ganado al tiempo. Me pongo boca arriba y miro el techo, mientras el polvo sigue bailando delante del rayo de sol. Con un dedo juego con la goma de los calzoncillos y, después, acaricio los pelillos que van del ombligo al pubis. Yo tampoco duermo totalmente desnudo, a pesar del calor. La ventana está abierta, pero no llega el molesto ruido del tráfico. Porque es domingo o porque hoy ha empezado agosto. Quizás por ambas cosas. Mis ojos repasan el marco que recorre el techo, tan alto que, para limpiar las esquinas, debemos subirnos a una escalera aunque usemos una escoba. Hay una mancha en una esquina. No sé si es una sombra o humedad. Todo son problemas en los pisos viejos, por muy bien que se hayan reformado. Alguien, en el piso de arriba, tira de la cadena del váter. Quizás pierda agua y se cuele en nuestro piso. Me da asco pensar que el agua que causa la mancha pueda ser de un váter. Me pongo la mano sobre el vientre e intento dejar la mente en blanco, pero la sensación de turbación que me provoca la resaca lo impide. Ella, a mi lado, sigue sin moverse ni un milímetro. Contengo la respiración unos segundos para oír la suya. Emite un ruido por la boca o la nariz que me confirma que está viva. Vuelvo a llenar los pulmones de aire y mi tórax se infla. Me meto un dedo en la nariz y me saco un moco seco que me impedía respirar con normalidad. Recuerdo el abrazo, tan fuerte que

casi no me dejaba respirar, pero soy incapaz de ver el rostro de la persona que me lo daba. Me tumbo de lado y me acerco a ella. Paso el brazo por encima de su cintura y la abrazo, pero enseguida lo aparto porque podría parecer demasiado premeditado. Incrusto mi cuerpo en el suyo, haciendo la cucharita. Encajamos tan bien que parece que nuestros cuerpos se hayan diseñado anatómicamente con esa finalidad. Entonces sí que tengo una erección y la encajo entre sus nalgas. Lástima que la tela de nuestra ropa interior impida un contacto más íntimo. Si no estuviese dormida, seguro que me habría rechazado. Volvemos a sudar y noto que los pelos de mi pecho se pegan a su espalda. Mi aliento cálido topa con su nuca. Cierro los ojos y me concentro en intentar que su respiración se coordine con la mía. Me pesan los párpados, me cuesta pensar, la respiración se ralentiza y todo lo que me rodea desaparece lentamente.

Cuando suena el despertador tardo un rato en reaccionar y entender qué pasa. Quién soy. Dónde estoy. Quién es la mujer que duerme a mi lado. Me parece que he vuelto a soñar pero he olvidado el qué. Lo que más lamento es que he perdido los diez minutos que pensaba haber ganado al tiempo. Ella se queja, pero no entiendo qué dice. Como no me muevo, pasa por encima de mí para apagar el despertador y me clava una rodilla en las costillas. Después se queda sentada en la cama y mira a su alrededor, como si no supiese exactamente dónde se encuentra. Se mira las manos y se toca el pelo, pero se limita a sonreír como haría con alguien a quien no conoce de nada. Se queda un buen rato así, sentada con las piernas cruzadas como los indios, mirando a su alrededor. Tal vez espera levitar, o quizás se ha mareado. Me incorporo y pongo ambos pies en el suelo a la vez para evitar la tonta superstición de levantarse con uno o con otro. El tacto del parqué es agradable, mejor que el del gres que

teníamos antes. Me quedo todavía unos segundos más sentado en la cama, con la cabeza agachada, valorando si doy el paso hacia este nuevo día. Intento recordar cómo hemos llegado hasta aquí. Cuando me levanto vuelvo a mirarla. Ahora se ha obsesionado con sus pies, y juega con ellos como si los viera por primera vez. Al verla así, me cuesta creer que tenga el poder que me explicó ayer por la noche. Seguro que todo será una broma macabra. Abro la ventana de par en par para ventilar la habitación, pero el aire que entra está todavía más viciado que el que estábamos respirando hasta ahora. Compruebo que la sensación de que es primera hora de la mañana es falsa; es primera hora de la tarde y acabamos de levantarnos de una larga siesta. Me fascina la facilidad con la que se puede engañar a nuestro cerebro si sabemos darle la información precisa. Estoy cansado, ha sido una noche difícil y una mañana complicada. Me consuela pensar que ya no tendré que hacer el esfuerzo, como cada mañana cuando me despierto, de decidir quién seré durante ese día: el escritor de éxito o el fracasado; el simpático o el mal educado; el marido ejemplar o el hijo de puta egoísta. Por la mañana, cuando me he despertado en el sofá, ya he decidido qué rol adoptaría hoy. Es muy agotador tener que hacerlo todos los días porque no tienes ni idea de quién cojones eres.

Me sorprende que siga sin oírse el ruido del tráfico. El cruce de Córcega con Muntaner está vacío; no pasan coches ni peatones. Me rasco las picaduras que los mosquitos me han hecho en la nuca, mientras inspecciono si en los pisos de los vecinos hay vida. Parece que todo el mundo está de vacaciones, incluso el vecino que nos espía. Es espeluznante ver como en agosto todo se paraliza en este país. A lo lejos, oigo el estridente ruido de una moto que desgarrara el silencio y que se va acercando hasta detenerse en un

semáforo. La conduce un chico joven, con un casco brillante de color amarillo y unas letras negras que, desde el tercer piso, sin contar el entresuelo, se pueden leer con claridad: «Fuck you!». Cuando el semáforo se pone en verde, arranca haciendo todavía más ruido, que se apaga Muntaner abajo. Me rasco los genitales, donde no creo que hayan llegado los mosquitos, y deseo que se despeñe lejos de nosotros, no sea que nos vaya a estropear el día con su sufrimiento.

Cuando salgo de la habitación y entro en el lavabo, ella no se ha movido de encima de la cama, y no parece que tenga intención alguna de levantarse. Todavía tengo la costumbre de abrir el grifo del agua caliente aunque desde hace mes y medio solo salga fría. Intentando buscar algo positivo en la tragedia, pienso que al menos es una suerte que haya pasado en verano. Me ducho tan deprisa como puedo y cuando cierro el grifo noto un alivio brutal, como si hubiesen dejado de infligirme el dolor insoportable de una tortura. Me doy cuenta de que en un lado, entre las baldosas, hay un poco de moho. Pruebo a frotarlo con un dedo, pero no se va. No hay ninguna toalla para secarme, pero no me atrevo a llamarla. Me visto y la ropa se moja, pero con este calor se secará enseguida. Quiero afeitarme, pero no encuentro ni la maquinilla ni la espuma, y deduzco que ella ya lo habrá guardado todo en el neceser. Mientras se ducha, yo preparo café. La cocina parece una cámara frigorífica porque el aire acondicionado está conectado, pero dudo que lo haya hecho ella. Seguramente se habrá quedado encendido desde la hora de comer. Lo apago temiendo coger un resfriado por llevar la ropa y el pelo mojados. Noto el olor a gas, pero ya no sé si es real o si mi mente está jugándome una mala pasada. La cañería arrancada de una esquina me da la confirmación que necesito y la explicación de por qué no tenemos gas. Seguramente no volveremos a tenerlo nun-

ca más. Ella entra justo cuando cojo la cafetera de la encimera y tengo la sensación de que está menos ausente que cuando se ha despertado. Compartimos la cucharilla para remover el café, pero no nos decimos nada. Intento no hacer ruido con la boca al beber, porque sé que le molesta. Mira al suelo mientras yo repaso la cocina con la vista. Sobre el mármol de la cocina, se cargan las baterías de nuestros móviles y la cámara de fotos digital. En la puerta de la nevera hay una lista con indicaciones para la mujer de la limpieza mientras nosotros estamos fuera. Al lado, hay otra que leo con curiosidad: «Carme, los juguetes y la muda del niño están en su habitación. Sus medicamentos están en el armarito del lavabo. Llámame si falta algo». Carme es mi madre.

Mientras ella lava las dos tazas y la cuchara en el fregadero, acabo de repasar el equipaje para asegurarme de que no nos dejamos nada. Guardo el dinero en sobres y los escondo en diferentes maletas que cierro con solemnidad. Me da miedo viajar con todo el dinero encima, pero no tengo más remedio. Me siento como si hubiera robado un banco y me preparase para huir del país. Supongo que hay razones para ese extraño remordimiento: he anulado todas las tarjetas de crédito y he sacado todo el dinero de la cuenta en euros y francos suizos. Dejo las maletas amontonadas en el recibidor, como si fuesen una barricada que nos impidiese salir. Entro en mi despacho y guardo el ordenador portátil en la funda. En una cartera, guardo los documentos, los libros, el paquete de pósits de color verde fluorescente y el estuche con las películas en DVD necesarias para el proyecto. También cojo el estuche con los CD de Grandes Éxitos que he comprado expresamente para el viaje. Miro con indiferencia el caos que reina en la habitación donde la mujer de la limpieza tiene la entrada prohibida. Hay frag-

mentos del ordenador viejo esparcidos por todas partes: el teclado está hecho trizas sobre una silla; el ratón roto cuelga de una lámpara; la pantalla está reventada y la torre, abierta por el suelo, con los chips y cables arrancados de mala manera. Al salir, piso una pieza del ordenador. Me agacho y la cojo intrigado. Es la tecla de *Suprimir* del teclado. Sin saber por qué, me la guardo en un bolsillo de los pantalones. Anastasia deja en el recibidor, con las demás maletas, una bolsa con algunas cosas de la nevera que podemos aprovechar para el viaje. Riego las plantas de ambos balcones, el de delante y el de detrás, aunque esa tarea ya está en la lista para la asistente, pero hace mucho calor y no vendrá hasta mañana o pasado. Mientras ella cierra la llave de paso del agua y del gas, supongo que por inercia, desconecta el decodificador de la televisión por cable y quita la luz, bajo todas las persianas hasta media ventana. Para que no se manchen los cristales si llueve, pero también para que los ladrones no se den cuenta de que no estamos. La de la habitación del niño está totalmente bajada y, aunque no enciendo la luz, desde la puerta puedo ver sus juguetes en la penumbra. El oso de peluche gigante me mira triste, sentado en su cama. Parece que quiera decirme adiós porque tiene una pata levantada. Sobre su cabeza cuelga el móvil de animales; hace tanto que no se mueve que si alguna vez tiene que volver a girar se habrá olvidado de hacia qué lado debe hacerlo. Cierro la puerta con mucho más cuidado que ninguna otra. Nos reunimos en el recibidor y con la mirada confirmamos que todo está en orden y que estamos preparados para irnos. Lo hemos hecho todo sin decirnos ni una sola palabra. Coordinados en silencio. Hace mucho tiempo que aprendimos a convivir sin hablar.

El piso, desde el recibidor y a media luz, en silencio, parece abandonado. Ahora me doy cuenta de que no es tan

pequeño como me había parecido últimamente. Es posible que tengamos demasiados trastos. Demasiados muebles. Demasiados cuadros. Demasiados jarrones. Si alguna vez tenemos que repartirnos las cosas, lo mejor que podremos hacer será romperlo todo. Cuando nos mudamos aquí hace unos tres años, nos parecía enorme con sus seis habitaciones de techos altos. Durante una temporada pensamos en bajarlos y hacer altillos donde guardar más cosas. Más trastos. Más mierda para repartir. Al principio, pintamos las paredes de colores cálidos, de diversas tonalidades, una para cada habitación. Sin embargo, hará más o menos medio año, cuando las paredes empezaron a caérse nos encima, quisimos agrandararlo, así que lo pintamos todo de blanco y cambiamos el suelo de gres oscuro por parqué claro. También queríamos tirar algún tabique, pero nos dijeron que eran paredes maestras y que entonces la casa sí que se nos caería encima. Aun así, el piso seguía siendo pequeño. Regalamos muebles, cuadros y jarrones a unos amigos que nos dijeron que se iban a vivir juntos. Quitamos las cortinas de las ventanas y nunca, llueva, nieve, o caiga un sol de justicia, bajamos las persianas. Solo en nuestra habitación tuvimos que volver a poner las cortinas porque el vecino del bloque de enfrente nos espía cuando nos desnudamos. Lo único intocable es la habitación del niño. A pesar de los cambios, este piso se ha convertido para mí en un sitio claustrofóbico y deprimente. O nos mudamos a una casa con jardín o nos separamos. No hay ninguna otra opción.

Llamo al ascensor, que es muy viejo y va muy lento, y aprovecho para sacar las maletas al rellano de la escalera. Mientras las introduzco, ella da un último repaso al piso para comprobar que he dejado las persianas a la altura que quiere. Bajo por la escalera mientras las maletas viajan solas en el ascensor, que hace ruidos extraños y parece a punto de

estrellarse contra el suelo. Si puedo evitarlo, casi nunca lo cojo. Llego yo primero y, mientras espero, observo la puerta cerrada de la minúscula portería. No entiendo cómo pueden vivir dos personas en un agujero como ese. La portera no está o, al menos, no da señales de vida, aunque tengo la sensación de que me espía desde algún rincón. Quizás está de vacaciones, pero dudo que tenga contrato laboral ni derecho alguno. Saco las maletas del ascensor al lujoso vestíbulo con la alfombra vieja y rota. Espero a que ella baje antes de empezar a llevar maletas al coche. Por suerte, he encontrado un hueco justo delante, en una zona de carga y descarga. Echo un vistazo al reloj y, aunque no lleguemos tarde, me molesta que siempre me haga esperar. Vacío el buzón de publicidad no deseada que, en teoría, la portera debería evitar. Susana tiene la llave y también se encargará de vaciarlo. Lo he leído en la lista de la nevera. Mi mujer no quiso contratar a una extranjera para que se ocupase de las tareas de casa. Dijo que no quería que alguien de otro país como ella viniese a limpiarnos la mierda. Que le parecía humillante. En realidad, creo que no se fía de los extranjeros y supongo que tener a alguien autóctono para que se ocupe de la limpieza la hace sentir más integrada. Susana es la mujer de la limpieza y es de Vic, como yo. En este vestíbulo, se está muy fresco en verano y muy calentito en invierno, aunque no hay calefacción ni aire acondicionado. Levanto la mirada hacia el altísimo techo para corroborarlo, y solo veo una mancha de humedad que levanta el papel de rayas verticales de color salmón. La oigo cerrar la puerta de un golpe pero tarda un rato en llamar al ascensor; no entiendo por qué tarda tanto en venir. Finalmente, el ascensor sube hasta el tercer piso, sin contar el entresuelo, y vuelve a bajar. Ella coge una maleta, abre la puerta de la calle y busca con la mirada mi Citroën C4 de color azul oscuro. Cojo dos

maletas y la sigo. Una bocanada de aire caliente me golpea y empiezo a sudar. Mientras ella vigila las maletas del coche, yo voy a buscar las del vestíbulo, aunque la precaución parece bastante inútil porque la calle está desierta. Cuando las tenemos todas, jugamos a una especie de Tetris en tres dimensiones. Nos vamos cinco días, pero parece que queramos empezar una vida nueva lejos de aquí. Con mucho cuidado, encajo el ordenador portátil entre las maletas más duras. Como no cabe todo en el maletero, algunas cosas acaban puestas de cualquier manera en los asientos de atrás. La sillita del niño molesta, pero ella no quiere que ponga nada encima y tampoco me deja quitarla.

En cuanto giro la llave en el contacto del coche, enciendo el aire acondicionado. Sé que ella no tiene calor, pero me estoy asfixiando. A ver cuánto tarda en apagarlo. Al abrocharnos el cinturón, me mira, creo que por primera vez desde que nos hemos levantado. Clava sus sobrenaturales ojos azul eléctrico en los míos marrón avellana tan vulgares. Su belleza todavía me tiene fascinado y el único consuelo que me queda es que gracias a la diferencia de edad nunca la veré envejecer del todo.

—¿Crees que Yul estará bien?

Después de tanto tiempo, todavía se le nota el acento extranjero a pesar de que resulta difícil adivinar de qué parte del mundo es. Solo se le nota en algunas palabras, pocas, pero creo que nunca aprenderá a decirlas bien. Yul es nuestro hijo.

—Tendríamos que haberlo traído.

Respiro profundamente y miro el polvo que se amontona sobre el cuentakilómetros, en la guantera, por todas partes. Nunca sé si es mejor lavar el coche antes o después de un viaje.

—Ten cuidado, no corras.

Me molesta que me lo diga cuando el coche ni siquiera ha empezado a moverse. Me incorporo a la calzada con cuidado. Ella sigue inquieta y mira el móvil para comprobar que tiene cobertura y batería. Mientras enciendo la radio y sintonizo el canal de información para oír el estado del tráfico, ella apaga el aire acondicionado. Saca del bolso la crema solar y se unta la cara, los brazos, el escote, las piernas y los pies, que se descalza con facilidad porque lleva chanclas. En verano suele repetir la misma operación cada vez que sabe que puede rozarla un rayo de sol. Me sé de memoria las calles del Eixample y no circula ni un alma. Podría cerrar los ojos y conducir sin riesgo de chocar con ningún vehículo o peatón. Cuando estoy a punto de hacerlo para comprobar mi teoría, aparece de repente, de no sé dónde, una ambulancia con las luces de emergencia encendidas que nos adelanta, se aleja y desaparece tan rápido que cuesta creer que haya pasado de verdad. Tengo la extraña sensación de que acabamos de vivir un fragmento de mi novela *La deriva dels continents*. En la Meridiana, a la altura de Hipercor, vemos dos coches de la Guardia Urbana y la ambulancia que nos ha adelantado. Un policía nos para sin darnos explicación alguna. Detrás de nosotros se detiene otro coche y, poco a poco, vamos formando una cola ordenada y paciente. Ambos miramos a nuestro alrededor buscando con la mirada qué ocurre. Hay una moto empotrada debajo de una furgoneta y un señor mayor, seguramente el conductor de la furgoneta, habla con un guardia urbano. El hombre está nervioso, gesticula mucho con las manos, se las lleva a la cabeza y tiembla. Está a punto de derrumbarse. Un grupo de mirones se amontona en la acera y, desde los balcones de los pisos que hay justo encima de donde ha tenido lugar el accidente, algunos vecinos observan la escena en pijama. Sacan una camilla de la ambulancia, y sigo con la vista a los

enfermeros hasta que se detienen al lado de un cuerpo cubierto por una manta térmica, de donde mana un charco de sangre. Aunque dejan la camilla a un lado, no cogen el cuerpo sin vida del motorista. Apago la radio. Por respeto y por si el policía nos da alguna indicación. Ella mira el cadáver, sin apartar la vista en ningún momento. Coge la cámara de fotos digital y hace una fotografía. Me asusta pensar qué tipo de álbum tendremos. Al cabo de un rato, el guardia urbano que nos ha parado recibe alguna orden por la radio. Con testa, mira la cola de coches que se ha formado y vuelve a hablar por el aparato. Después nos hace una señal para que sigamos avanzando. Cuando pasamos al lado del cuerpo, junto al cual los enfermeros y policías hablan sin hacer nada, veo en el suelo un casco de color amarillo brillante con una letras negras impresas: «Fuck you!». Ella clava los ojos azules en el cadáver y no los aparta hasta que tiene que girar tanto el cuello que corre el peligro de rompérselo. Vuelve a mirar hacia delante, enciende la radio y me dice sin ninguna entonación:

—Ten cuidado, no corras.

Circula poco tráfico y cuando se reparte entre los tres carriles de la AP-7 parece que haya menos todavía. Por la radio siguen repitiendo las mismas noticias, pero me parece que ninguno de los dos las escuchamos. No sé cuántos kilómetros recorreremos así, tan distantes como si estuviésemos enfadados. Hace calor, noto que se me forman círculos de sudor bajo las axilas, pero no me atrevo a estropear este momento de consenso. Quizás más adelante baje un poco mi ventanilla. De repente, parece que ella se despierta, aunque no se había dormido, abre la guantera y saca el estuche de CD que he traído.

—¿Todos son discos de Grandes Éxitos? —pregunta después de revisar su contenido.

—Sí. Me gustan los discos de Grandes Éxitos. Son el resumen de lo mejor de un artista.

Pone uno sin consultármelo. De todos modos, era la cuarta vez que repetían las mismas noticias. En agosto nunca pasa nada. Norah Jones dice cantando que nos conocimos en un sitio al que yo solía ir. Ella mira por la ventana el poco agradecido paisaje que bordea la autopista, aunque me da la impresión de que, en realidad, no ve nada. Durante unos kilómetros solo adelantamos a turistas franceses, belgas y alemanes que vuelven de vacaciones a sus países. Un cartel anuncia la salida de Vic y el cerebro me bombardea con miles de recuerdos de mi vida. Al cabo de un rato, cuando me parece que tiene los ojos cerrados, la llamo por su nombre pero no responde. Repito su nombre más bajo, porque si está dormida no quiero despertarla. Cuando estoy seguro de que duerme, enciendo el aire acondicionado, pero ella, sin abrir los ojos, alarga el brazo y vuelve a apagarlo. Va a ser duro, mucho más de lo que pensaba. Empiezo a sentir claustrofobia dentro de este coche, pero aquí no podré pintar las paredes de blanco, ni cambiar el suelo, ni tirar tabiques. Bajo un poco mi ventanilla y el aire que entra me sienta bien. Me pongo las gafas de sol D&G y subo la música. Norah Jones dice cantando que el sol no te gusta, que siempre te quemas y pienso que podría haberse inspirado en Anastasia. Tiene la piel tan blanca que, como los vampiros, se deshace si la toca un rayo de sol. Anastasia es mi mujer, pero no estamos casados. Norah Jones también dice que todos tenemos que morir algún día y pienso en el motorista. Ahora que ella duerme, o finge hacerlo, acelerero. Espero que en cualquier momento me repita que tenga cuidado, que no corra, pero no lo hace y me parece que se ha dormido de verdad. Hace tiempo que un aviso acústico y un texto informativo en la pantalla digital me

han anunciado que empezábamos a usar la reserva de carburante. También me indica cuántos kilómetros puedo recorrer con el gasoil que queda en el depósito. Cualquier idiota puede conducir con los coches de ahora. Tienen regulador de velocidad que te ahorra pisar el acelerador, limitadores que evitan que superes los límites de velocidad, GPS que te guía y te lleva donde quieras, luces automáticas que se encienden cuando oscurece o entras en un túnel, limpiaparabrisas que funcionan solos y se gradúan según la intensidad de la lluvia, espejos retrovisores electrónicos que se oscurecen cuando un coche te deslumbra por detrás. Solo le falta el piloto automático para que el conductor sea prescindible. Veo un letrero a un lado de la autopista que anuncia un área de servicio cercana, y decido que pararé a echar gasoil y comprar algo de comer. Si ella no se despierta, le compraré un zumo sin gas. Odia el gas. Si ella gobernase, lo prohibiría en todas las bebidas que se comercializan. Seguramente perseguiría a quienes lo tomasen a escondidas y los castigaría con la pena de muerte. Norah Jones es una cantante norteamericana que me gusta mucho.

Cuando aparco el coche al lado del surtidor de gasoil, ella se despierta. Mira a su alrededor aturdida. Parece que está a punto de preguntar algo, pero no lo hace. Se incorpora en silencio y se sienta bien en el asiento. Apago la radio y bajo sin decir nada. En la ventanilla de la gasolinera, donde se paga por adelantado, pido 50 euros de gasoil. Pago en efectivo sin que la cajera haya pronunciado ni un solo monosílabo. Descuelgo la manguera del surtidor y alimento al coche para que nos lleve muy lejos. Anastasia, desde dentro, habla con alguien por el móvil. Parece importante porque está seria. Cuando los 50 euros de carburante están dentro del depósito, vuelvo a dejar la manguera en su sitio y lo cierro con llave. Odio el olor a gasolina. No podría trabajar

aquí, rodeado siempre de este tufo mareante. Golpeo su ventanilla con los dedos. Ella, que ya ha colgado el teléfono, la abre y me mira, pero no puedo escrutar su mirada porque se ha puesto las gafas de sol.

—¿Quieres algo?

—Zumos de naranja. Sin gas.

—¿Y para comer?

—¿Dónde estamos?

—En un área de servicio. —Hace un gesto con la boca y la nariz para mostrar su desaprobación a mi respuesta—. Cerca de Girona.

Vuelve a subir la ventanilla mientras me alejo del coche y entro en la tienda del área. Compró un zumo de naranja sin gas y una Coca-Cola de botella, aunque me gusta más la Pepsi, pero no tienen. Cojo un par de bolsas de patatas, un paquete de chicles de sabor tropical y pago en efectivo. Mientras espero a que la cajera me devuelva el cambio, miro por la ventanilla y veo que Anastasia vuelve a hablar por el móvil, mientras se pone protector solar en las piernas. Cuando entro en el coche, le doy la bolsa con lo que he comprado, y ella inspecciona su contenido. Coge el zumo y bebe un poco.

—¿Me pasas la Coca-Cola? —Lo hace—. ¿A quién llamabas? —Doy un trago.

—A nadie. —Rectifica inmediatamente su mentira porque sabe que la he visto hablar por teléfono—. A tu madre. Para saber cómo está el niño.

Doy otro trago y le devuelvo la botella. Arranco el coche mientras ella la tapa, la deja a sus pies y me recuerda que tenga cuidado y que no corra. Salimos del área de servicio y, cuando ya no puedo soportar más el silencio, vuelvo a encender la radio, donde Norah Jones empieza a cantar otra canción. Al cabo de un rato, cuando pasamos

por debajo del puente de color azul a medio construir del AVE, Anastasia mira las bolsas de patatas que he comprado. Hace un ruido de desaprobación con la boca.

—¿No había normales?

—Sí.

—¿Y por qué no las has comprado?

—Porque cuando te he preguntado si querías algo no me has contestado.

Sé que por esta respuesta tendré que aguantarla de morros un buen rato. Ella vuelve a mirar por la ventanilla y yo me concentro en la autopista. El cielo es tan azul que parece un ciclorama. Algunas ráfagas de viento desestabilizan el coche y tengo que coger el volante con fuerza para no invadir el carril contiguo. Un cartel electrónico anuncia que la frontera de la Junquera cierra a las diez de la noche para los camiones. Conducir por la autopista es aburrido y monótono. El paisaje apenas cambia, las líneas del medio te hipnotizan. Para distraerme me fijo objetivos absurdos. El primero es adelantar a un autobús que veo que va muy delante de nosotros. Ella se bebe el zumo y se mueve incómoda. Después se quita las chancletas y apoya los pies encima del asiento. Cuando pasamos cerca del aeropuerto de Girona vemos un avión que vuela muy bajo. Parece que tenga la intención de aterrizar en medio de la autopista, pero sigue adelante y lo perdemos de vista tras unos árboles. Ella, que tenía la cámara a punto por si se estrellaba y podía hacer un reportaje en primicia, vuelve a guardarla decepcionada.

—¿Crees que ha sido culpa suya?

—¿Culpa de quién? —pregunto con el corazón en un puño al comprobar que ese sentimiento se le ha quedado grabado en el subconsciente para siempre.

—¿Crees que se había saltado el semáforo?

—Ahora mismo debe de darle igual.

—¿Cuántos años tendría?

El primer día de nuestro viaje ha empezado con mal pie, aunque me he levantado con ambos a la vez, y mi mujer está preocupada por un motorista muerto.

—¿Lo sabrá ya su familia?

Me da una bolsa de patatas pero no me la abre. Tengo que hacerlo yo con los dientes. No le preocupa que cometa imprudencias como esta, o que hable por el móvil, o que haga la vertical mientras conduzco, siempre y cuando tenga cuidado y no corra. Da un sorbo al zumo de naranja y abre la otra bolsa de patatas. Sabía que lo haría y por eso he comprado dos. Siempre hace lo mismo, dice que no quiere y después se queja porque no le he comprado nada y se acaba comiendo mis patatas. Ahora me da igual. Que se acabe la bolsa. Antes me molestaba esta manía, pero ahora me parece infantil y divertida. La miro de reojo. Se ha quedado embobada mirando por la ventana mientras come patatas, que se lleva a la boca de dos en dos, y que mastica poco a poco, haciendo mucho ruido. Los cabellos rubios le caen por el cuello de piel blanca. Le miro los pechos pequeños, que se marcan sin sujetador bajo la camiseta blanca de tirantes, donde se le han quedado trocitos de patatas fritas. A ella nunca le ha molestado tenerlos tan pequeños. Dice que las mujeres de pechos grandes son antiestéticas. Finge que no me ve, pero sabe perfectamente que estoy observándola. Y cuando Norah Jones dice cantando que no es demasiado tarde para el amor, pienso que quizás sí podamos arreglarlo. El CD llega al final y sintonizo la radio con la esperanza de oír la noticia del motorista muerto. No dicen nada. Las noticias son las mismas de antes, como si hubieran grabado una cinta y se hubiesen tomado el día libre. Solo en la información del tiempo dicen que las temperaturas han subido desde esta

mañana. Hago un nuevo intento de poner el aire acondicionado, avalado por los servicios informativos. Ella, que está despierta, no dice nada. Veo como sus pezones se ponen duros debajo de la prenda de algodón por culpa del aire frío. Levanta el brazo para apartarse el cabello de la nuca y me enseña la axila sin vello. Después coge el estuche de CD de la guantera, guarda a Norah Jones y me lo enseña para que elija otro. Vuelve a dejar el estuche en la guantera y, quizás motivada por la música enérgica de los Grandes Éxitos de Muse, se sienta bien y mira hacia la carretera concentrada, como si estuviese dispuesta a ejercer finalmente su función de copiloto. Bajo la vista hasta sus muslos desnudos porque lleva unos pantalones muy cortos de color naranja. Sé que es demasiado pronto e ignoro hasta qué punto tengo todavía derecho, pero, si no, deslizaría la mano del cambio de marchas a su rodilla y después subiría lentamente, por su piel suave, hasta donde ella me permitiese. Tiene la piel de gallina, pero no dice nada. Apago el aire acondicionado y me lo agradece con una sonrisa.

—¿Quieres más Coca-Cola?

Digo que sí con la cabeza. Destapa la botella y me la pasa. Doy un sorbo, se la devuelvo y vuelve a taparla. Así es justamente como funciona todo. Un intercambio de acciones. Una cadena de favores. Un dar y recibir. Un tira y afloja. Parece fácil pero siempre tiene que haber alguien dispuesto a ceder primero.

A la hora de comer, paramos en el área de servicio del Empordà, que está muy cerca de la salida de Figueres-Roses. El edificio, de la cadena Medas, se ha quedado anclado en los años setenta. La arquitectura de aluminio y vidrio, que recuerda a un barracón provisional, ha ido superando el tiempo hasta integrarse perfectamente con el paisaje. Todo está exactamente igual que cuando de pequeño reposté al-

guna vez con mis padres. Mientras hago cola en el self-service, ella va al lavabo. La elección es complicada: platos malos a precios desorbitados. Cojo un par de ensaladas que la etiqueta califica de «campestres», dos rajas de melón para ella, un Frankfurt para mí y dos aguas, sin gas. Pago en metálico, mordiéndome la lengua, ahorrándome el chiste de si he roto algo y me lo cobran entonces. Me siento en una mesa al lado de la ventana, desde donde veo el coche, que, por suerte, he podido aparcar a la sombra, bajo uno de los tejadillos de urallita. Tendría que haber escondido todo el dinero en la misma bolsa y llevarla siempre encima. Observo a un señor mayor, con camisa a rayas de uniforme, que recoge las bandejas que los clientes groseros no han retirado de sus mesas y que va colocando en el carro de las bandejas sucias. No me gustaría trabajar aquí. Las áreas de servicio son lugares extraños. Parece que no tengan dueño. Son espacios dejados de la mano de Dios en tierra de nadie, donde la gente solo hace paradas necesarias, pero ninguna trascendental. Ella vuelve con un sobre de revelado de fotos Kodak en las manos. La observo intrigado.

— Alguien se lo ha olvidado en el lavabo.

— ¿Y para qué las quieres?

— He dejado una nota con mi teléfono para avisar de que las he encontrado.

— ¿Y no sería mejor dejarlas aquí por si vuelven a buscarlas?

— La mujer de la limpieza estaba a punto de tirarlas.

— Debe de haber hecho lo mismo con tu nota.

— Es un pecado tirar fotografías.

No sé si lo dice porque el contenido químico del revelado sería perjudicial para el medio ambiente o porque le parece inmoral tirar la imagen de alguien. Tampoco sé si es otro rasgo cultural que nos distingue o una manía como cualquier otra.